Pleamar

Su llamativa variedad, tanto formal como temática, puede ser la más señalada característica, como asimismo el primer aliciente, de *Pleamar*. Reparemos de entrada en este título, y en que su marítima y nostálgica gaditanía, uno de los muchos elementos del libro, se declarará apenas abrirlo, en sus dos primeros versos, donde la hija recién nacida es confiada a la protección de la «madre mar gaditana», directamente mencionada también en la cuarta sección, «Cármenes», así como en «Arión», el segundo apartado de *Pleamar*. A éste, además, cabe emparentarlo con el libro venidero *Ora Marítima* y tal vez en mayor medida con el inicial y ya lejano *Marinero en tierra*, al que también protagoniza esa lírica, confianzuda y entre alegre y algo melancólica identificación con la mar que hallamos en «Arión» y que es, sobre todo, esta mar de Cádiz, como Rafael Alberti ha hecho constar a lo largo de su vida y obra. En ella, tal identificación nativa se ha manifestado y manifiesta casi siempre de modo explícito, rotundo, aunque en ocasiones comparezca de forma tan sutil que incluso al autor haya podido pasarle inadvertida, como espontáneo y veloz reflejo subconsciente, alguna que otra referencia a su entorno de niño y de muchacho. Muy contados lectores de *Pleamar* serán, por ejemplo, los que puedan evocar o habrán recordado el añejo y marinero restaurante portuense de singular nombre, en ese trascendido «Resbaladero» que como un relámpago surge y pasa, hecho metáfora, en el añorante poema «Hemisferio Austral».

Pero volvamos a la pauta básica con que empezamos considerando el conjunto del libro: su diversidad, su promiscuidad, diríamos, aunque restando de esta última palabra el peyorativo sentido de confusión que suele avinagrarla.

Esa variedad, esa fundamental diferencia entre las abundantes secciones, temas y tonos de *Pleamar* puede, quizá, y en buena parte, serle atribuida a dos factores:

1. Su momento especialísimo, es decir, el de la vida del poeta, momento en el que confluyen vivencias tan intensas, y también tan diferentes entre sí, como puedan serlo el estreno de la paternidad, el asentamiento americano, la aparición desazonante de «las primeras canas» («Mar, frente a ti he echado, ¡ay!, las primeras canas») y, por decirlo muy a la andaluza, el enfriamiento de los moretones, cardenales, verdugones de la guerra española y el exilio, madurados ya y dañadores: también Rafael Alberti entonces, como el mar de su «Arión», «ronco, y hasta sin voz, de escupir muertos...»

2. La inveterada, extraordinaria versatilidad literaria del autor, esas monstruosas orejas, música de lenguaje, capacidad de inquietud y de captación, que le permiten transitar con propiedad por muy distintas latitudes de la poesía, como de la prosa y aún de otras artes. Doctores en ello, y que de ello se están aquí ocupando, tiene para dar y tomar este donoso cónclave, así que bástenos oír ahora que, por lo que se refiere a *Pleamar*, hay en este libro muestras inequívocas de casi todas las anteriores andaduras poéticas de Rafael, desde su neopopularismo y neoclasicismo más reconocibles, a una vanguardia en vigencia aún como tal. La canción y el romance tradicionales, la seguidilla, el soneto contundente (en el libro que nos ocupa, de obvios y dramáticos reflejos quevedescos), las métricas y las rimas canónicas, navegan por esta *Pleamar* coronada de dolientes, gráciles y alentadoras espumas, como también boga en ella la suelta prosa poética (con perdón: debo averiguar bien por qué me choca la expresión «poema en prosa») de siguientes y más libres escrituras albertianas. Tan inquieto, abarcador y multiforme se muestra el conjunto de *Pleamar* que incluso acaba demandando en su última parte, «Invitación a un viaje sonoro», la directa colaboración de música instrumental, con partituras que el poeta especifica y que ilustran sus pasajes, en alternada combinación de verbo y música tal en *Las siete palabras*, escritas por Joseph Haydn para el Oratorio de la Santa Cueva de Cádiz. Y no menos profusa, como ya sugerimos, se muestra en el libro la oferta de temas, cuyo repaso, por muy breve, resultaría ahora largo.

Pero hagamos notar otros dos rasgos de *Pleamar*, aparte del de su diversidad. Por un lado, lo que el libro tiene de anunciador (sea en asuntos como en tonos) de obras posteriores de Rafael Alberti, y tan distintas a su vez como la inminente *A la pintura* o las más distantes, *Retornos de lo vivo lejano*(es libro cimero, creo) y *Ora marítima*. Y, por otra parte, un cierto flanco confidencial o, mejor dicho, confesional, felizmente enigmático a rachas, pero siempre impactante, quizá no explayado en libros posteriores o anteriores del autor con la intensidad, la «actualidad» personal y la remoción emotiva con que en *Pleamar* salta de improviso. No tengo dudas (y ahora no pediré disculpas por la digresión) del atractivo estudio que, se me ocurre, pudo haber urdido con estos aspectos de *Pleamar* un gran ausente portuense de este congreso, poeta él mismo e incesante amador y estudioso de la poesía albertiana: José Luis Tejada. Con él precisamente comenté alguna tarde la impresión peculiar que, desde echarle ojo hace tanto tiempo, me causó esa sección de *Pleamar* que se llama «Tirteo», el cojo mitológico, esa parte del libro provista de versos «a los que faltan pies, pero no el alma», según avisa el poeta en su comienzo. Y tanto que sí. En efecto, una desterrada pesadumbre y una quemante memoria de la guerra nutren la mayoría de los versos o brevísimos poemas de «Tirteo», mientras que hay otros, y no pocos, en los que la «falta de pies», así como la sobra de alma dan lugar a contenidos —¡y contenedores!— poéticos del todo acordes, está claro, con el carácter y el tono del contexto, pero refractarios a explicaciones, a interpretaciones o a análisis usuales. Muchos de los misterios, la mayoría, creo, de *Sobre los ángeles* provienen más bien de la estética y la literatura; estos otros dispersos por «Tirteo» son viscerales, se diría, sin pérdida de la destreza. Rechazan —como aquéllos— cualquier intromisión de lógicas racionalistas. Son sólo arte en cueros vivos, *poesía pura* pese a quien pesare la añeja cuanto cabal expresión, lo mismo que es arte puro un grito aislado de cante verdadero o el brochazo libérrimo, inexplicablemente válido y rebelde, que vivifica el cuadro.

¡Ay raza, de qué raza, de qué madre!

Es un verso endecasílabo y un poema íntegro, como lo es el compuesto por los dos endecasílabos siguientes:

¿En dónde está ese vientre, triste cueva,
ese varón, aquel instante oscuro?

Y algo más adelante, en texto también íntegro de siete y once sílabas:

Tal vez llore algún día
estas bridas que aquí matan mis versos.

Poemas que son una nueva y excelente prueba de la indómita insujeción de cierta poesía de alta tensión a las pobres convencionales falsillas de una crítica inútilmente empecinada en medirle los huesos y contarle los glóbulos rojos. Realidad incapturable en su esencia, y tan prodigiosa como nos lo hubiera sido la notificación de estas jornadas a los poetas de la revista *Platero* cuando, cuarenta y más años atrás, nos acodábamos ahí al lado, en la balaustrada de la Alameda, a ver si venía por la mar un Rafael Alberti pasado en clandestinas copias a mano, desconocido hasta en fotografías y al que temíamos no llegar a ver nunca.

Fernando Quiñones

A la pintura

Cuando en septiembre de 1945 se termina de imprimir la primera versión de *A la pintura*, Rafael Alberti y María Teresa León llevaban ya cinco años viviendo en la Argentina. La Segunda Guerra Mundial, que les había